

BIBLIOTECA SELECTA

ANDERSEN

# LA CAMPANA



37

RAMÓN SOPENA EDITOR DRAVENZA 95 BARCELONA



00053633

APROBACIÓN ECLESIASTICA

**VICARIATO GENERAL**  
DE LA  
**DIÓCESIS DE BARCELONA**

NIHIL OBSTAT  
EL CENSOR,  
**AGUSTÍN MAS FOLCH**

Barcelona 8 de julio de 1924.

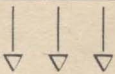
**IMPRIMASE**  
EL VICARIO GENERAL,  
**PASCUAL LLÓPEZ**

POR MANDATO DE SU SRÍA.,  
*Lic. Salvador Carreras, pbro.*  
SCRIO. CANC.

29.144

2.6070

BIBLIOTECA SELECTA



ANDERSEN

LA CAMPANA



116X160

BARCELONA  
RAMÓN SOPENA, EDITOR  
PROVENZA, 93 A 97  
1930



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

---

Derechos reservados.

---

---

Ramón Sopena. impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona.

## LA CAMPANA

---

Cuando, a la caída de la tarde, el sol empezaba a desaparecer en el horizonte, las sombras de la noche iban envolviendo en su manto de negrura las callejuelas de la ciudad y aparecían las nubes sobre las negras chimeneas, el tañido de una campana de lejana iglesia llegó, a intermitencias, a los oídos de algunos mortales, produciendo en su ánimo una extraña sensación de temor y de intranquilidad.

El rodar de los vehículos sobre el pavimento, los pasos de los transeuntes y los infinitos y vagos murmullos de una población en plena actividad, amortiguaban de vez en cuando aquel sonido metálico, habiendo momentos en que quedaba extinguido completamente.

Fuera de la ciudad, donde hay menos viviendas y están más separadas unas de otras, siendo, por consiguiente, menor el movimiento, podía contemplarse mejor el hermoso cielo inflamado por los rayos del sol poniente y se oía con más claridad el



tañido de la campana, que parecía provenir de la tupida selva que se extendía a lo lejos. La gente prestaba atención experimentando un profundo sentimiento de piedad religiosa.

—¿Hay iglesias en la selva? — preguntábanse unos a otros—. ¡Qué sublime es el sonido de esa campana! Vamos a oírla de más cerca.

Y para llevar a cabo su propósito, un día, se pusieron en camino: los ricos en coche, los pobres a pie; pero a todos parecióles el camino muy largo, así es que cuando, al llegar a la linde del bosque, vieron un espacio cubierto de hierba y musgo plantado de hermosos sauces, se tendieron en él. Un pastelero de la ciudad había levantado allí una tienda, donde la gente comió bollitos calientes; pero

la concurrencia era mayor en la tienda de otro pastelero, que había colocado sobre su puerta una campana que producía un ruido espantoso.

Después de haber comido y descansado, la multitud emprendió nuevamente el camino con dirección a la ciudad, quedando todos muy satisfechos de la excursión que, en su concepto, había sido muy romántica. Tres personajes graves, sabios de talento, pretendiendo haber explorado el bosque en todas direcciones, afirmaron que habían oído muy claramente el tañido de la campana, pero que les había parecido que provenía de la ciudad. Uno de ellos, que era poeta, escribió una composición, en la que comparaba el melódico sonido de la campana al tierno arrullo de una madre que mece a su niño.

La composición se imprimió y llegó a manos del rey, quien pidió explicaciones del asunto, y cuando se hubo informado, prometió conceder el título de campanero real y de la corte a quien descubriera la procedencia del extraño sonido, aunque no fuese el de una campana. El que obtuviera esta dignidad disfrutaría de buen sueldo.

Alentadas por esta promesa halagadora, muchas personas se arriesgaron a recorrer la selva; pero sólo una dió explicación del fenómeno. No había adelantado mucho más que los otros; pero, según manifestó, había visto en la cima de un árbol corpulento un buho que, de vez en cuando, daba golpes en el tronco para coger insectos que comía como postres. Esto debía producir el ruido, a no ser que lo produjera el grito del ave de Minerva, que

repercutía en el tronco hueco. Elogióse mucho la sagacidad del animoso explorador, que fué nombrado campanero real y de la corte, y se le concedió el prometido sueldo. Desde entonces, publicó el favorecido todos los años una hoja en que hacía resaltar la importancia y el valor de su descubrimiento, y el misterio se consideró aclarado.

Pero llegó el día en que debían ser confirmados varios jóvenes. El sacerdote predicó un sermón magistral que conmovió a todos los oyentes haciendo comprender a los confirmados que acababan de salir de la infancia y debían pensar en los deberes serios de la vida. Hacía un tiempo delicioso, el sol brillaba espléndidamente en el espacio y los adolescentes, terminada la ceremonia religiosa, fueron a pasearse hacia el lado de la selva.

De pronto, el sonido de la campana resonó con más fuerza, más melódico que nunca, y, arrastrados los jóvenes por un encanto poderoso, decidieron acercarse cuanto les fuera posible.

—Seguramente — se decían—, no es un buho el que produce ese ruido.

Tres de ellos, sin embargo, volvieron atrás. Eran una muchacha atolondrada que esperaba en su casa a la modista y debía probarse un traje que debía lucir en el próximo baile; un pobre mozo que había pedido prestado el traje y las botas de charol al hijo de su principal, y no quería aventurar entre las malezas la propiedad ajena, y otro joven que declaró no haberse alejado jamás de sus padres. Los demás, al oír esta explicación, se sonrieron y, co-



mo él replicara que aquella risa era inoportuna, aumentó el regocijo de los jóvenes, quienes, después de esto, reanudaron la marcha y entraron en el sendero, plantado de sauces, que conducía a la selva.

Los dorados rayos del sol penetraban por entre el follaje ; las aves entonaban alegres endechas y



toda la caterva infantil cantaba en coro, agarrados de la mano, ricos y pobres, nobles y plebeyos. Eran jóvenes todavía y no daban gran importancia a la distinción de clases ; además, aquel día, eran todos iguales ante Dios.

Dos de los más pequeñitos se cansaron pronto y se volvieron atrás ; luego, tres muchachas se detuvieron en un campo de amapolas y campanillas,

donde se dedicaron a tejer coronas olvidándose de la campana.

Cuando los excursionistas llegaron al campo plantado de sauces, se desbandaron entrando en las pastelerías.

—¡ Ah! ¡ qué bien se está aquí! — exclamó la mayor parte—. Permanezcamos sentados y descansemos. La campana no debe existir, y probablemente todo eso es pura fantasía.

Apenas los jóvenes habían concluido de decir esto, cuando resonó el tañido de la campana tan sonora, majestuosa y solemnemente, que todos se conmovieron, no obstante sólo cinco, llevando la aventura adelante, penetraron en el bosque, a pesar de lo difícil que era, porque los árboles estaban llenos de espinas y brezos, largas guirnaldas de follaje les detenían el paso, las piedras puntiagudas y los pedazos de roca les herían los pies y los pantanos les obligaban a dar grandes rodeos.

Avanzaban, pues, con extremada lentitud, cuando una nidada de ruiseñores dejó oír un concierto encantador. Los excursionistas siguieron en derecha hacia donde sonaba el canto de los pájaros, y llegaron a una llanura cubierta de musgo, de campanillas y de otras lindas flores, en cuyo centro había una roca de la que brotaba un fresco manantial.

—¿ No será el murmullo de esta agua lo que produce el sonido que la gente atribuye a una misteriosa campana? — preguntó uno de los jóvenes

aplicando al suelo el oído para oír mejor—. Me quedaré aquí para esclarecerlo.

Deseando otro joven participar del honor del descubrimiento, quedóse en su compañía, mientras los tres restantes siguieron adelante. Estos llegaron a una lindísima choza construída con corteza de árboles, cubierta con ramaje y sombreada por un manzano silvestre, cargado de flores rosas y blancas. Sobre la puerta de esta rústica morada había una pequeña campana.

—¡ Ya está descubierto el misterio ! — exclamó uno de los jóvenes, a lo que asintió otro.

El tercero declaró que aquella campana, por sus pequeñas dimensiones, no podía producir sonidos que se oyeran tan lejos ni que fueran tan conmovedores. Como el que esto decía era hijo de un rey, sus compañeros pensaron que los príncipes pretendían saberlo todo mejor que los demás mortales, y persistieron en su opinión. Luego tomaron asiento los dos para esperar que el viento agitara la campana, y el hijo del rey se marchó solo, alentado por la esperanza y profundamente conmovido por el silencio solemne de la soledad en que se encontraba.

No había caminado aún mucho, cuando oyó a lo lejos el sonido alegre de la pequeña campana de la choza juntamente con el tañido de la del pasteleiro ; pero, la verdadera campana, la que buscaba, resonaba de otro modo. A veces la oía a la izquierda, del lado del corazón, y a medida que se acercaba le producía el efecto de un registro de órgano.

De pronto, oyóse ruido entre los brezos y salió un chico con zuecos y chaqueta muy pequeña. Se reconocieron ; era el joven que, después de confirmado, había vuelto a la ciudad para devolver al hijo de su amo el traje y las botas de charol que le había prestado, y que se había puesto su pobre traje y sus zuecos y emprendido el camino apresuradamente, en busca de la campana, que tan deliciosamente había conmovido su corazón.

—Hagamos el camino juntos — propuso el hijo del rey—, y dirijámonos a la izquierda.

Su compañero, que iba muy avergonzado de su calzado y de su chaqueta, dijo :

—Con estos zuecos no podría seguirle durante mucho tiempo. Además, me parece que la campana debe estar a la derecha, porque la derecha es el sitio reservado a todo lo que es excelente.

—En ese caso, temo que no volvamos a encontrarnos — respondió el hijo del rey, y despidióse del pobre chico que desapareció en lo enmarañado del bosque, donde las espinas le desgarraron el rostro y la chaqueta, a la que tenía apego, por mala que fuese, por ser la única que poseía.

El hijo del rey encontró también en su camino muchos obstáculos, dió algunas caídas y se ensangrentó las manos ; pero era valiente y no abandonó la empresa.

—Iré hasta el fin del mundo, si es preciso — se dijo— ; pero encontraré la campana.

De pronto vió en los árboles una infinidad de mo-



nos que le hacían espantosas muecas y lo ensordecían con discordantes gritos.

—Peguémosle, maltratémosle — se decían— ; es hijo de un rey, pero está solo.

El joven siguió adelante sin hacer caso, y los monos se abstuvieron de atacarle ; pero no tardó en ser recompensado de sus penas. Llegó a una altura y desde allí presenció un espectáculo maravilloso : hermosos céspedes donde corrían ciervos y gamos ; ramas de lirio de prodigiosa blancura y tulipanes encarnados, azules y dorados ; arbustos con flores de mil colores que brillaban al sol como pompas de jabón ; álamos seculares formando círculo, y un gran lago, en el que nadaban hermosísimos cisnes con noble majestad.

El hijo del rey habíase detenido extasiado. El tañido de la misteriosa campana lo volvió a la realidad. La campana no debía encontrarse muy lejos, y el joven, creyendo que sonaba cerca del lago, prestó atención. Se equivocaba; era que el viento soplaba de aquella parte.

El sol estaba próximo al ocaso, los cielos parecían teñidos de rojo y el silencio era imponente. El hijo del rey se arrodilló y rezó la oración de la tarde.

—¡Dios mío! — exclamó—, ¿no me permitiréis encontrar lo que busco con tanto ardor? Se aproxima la noche, la noche oscura y tenebrosa; pero, antes que el sol desaparezca por completo del horizonte, voy a subir a la cumbre de aquella elevada roca que desde aquí diviso, y quizás consiga ver satisfechos mis afanes.

Y, agarrándose a las raíces, a las matas, a los ángulos de las rocas, por entre culebras, sapos y otros reptiles inmundos, subió hasta la cima de la roca, adonde llegó palpitante, rendido.

Sus ojos contemplaron un espectáculo sublime. El mar, inmenso y magnífico, se extendía hasta perderse de vista, rompiéndose sus olas contra las piedras. En el horizonte, el sol, como un enorme globo de fuego, envolvía en rojas llamaradas el cielo que semejava una vasta cúpula sobre aquel santuario de la Naturaleza, cuyas pilastras eran los árboles del bosque; los musgos floridos formaban una alfombra que cubría el coro. El sol desapareció lentamente, y millones de luces brillaron en el firma-

mento ; apareció la luna y el espectáculo continuaba siendo grandioso y conmovedor.

El hijo del rey prosternóse y adoró al creador de tanta maravilla. A su lado, a su derecha, vió al pobre niño de los zuecos ; también él había encontrado el camino del templo. Agarráronse de las manos y quedaron abismados en aquella poesía embriagadora.

El tañido conmovedor y sublime de la divina campana resonaba por doquier, pero aquel sonido incesante producíanlo los árboles, las olas mugientes del mar, el viento, murmullos todos de la naturaleza sencilla y grandiosa que entonaba himnos de triunfo a su Creador.

En lo alto, ángeles y serafines ejecutaban sublimes y divinales melodías.

Era que la tierra y los cielos narraban la gloria de Dios.

## LA GRAN SERPIENTE MARINA

En tiempos remotos había un pequeño pez marino, de cuyo nombre no puedo acordarme, que tenía diez y ocho mil hermanos de ambos sexos, todos de la misma edad, ninguno de los cuales había conocido a sus progenitores.

Desde el momento en que nacieron viéronse en la triste necesidad de buscar el propio sustento.

Para apagar la sed disponían de todas las aguas del Océano ; pero, para satisfacer el hambre, necesitaban trasladarse constantemente de un mar a

otro. Gracias a la Providencia, que no abandona a ninguno de los seres de la creación, lograron salir adelante.

Era un día magnífico; brillaba el sol haciendo transparentes las azuladas ondas del Océano, a través de las cuales se distinguía todo un pueblo de criaturas singulares. Había allí monstruos que, sólo con abrir una vez su terrible boca, habrían podido engullir a los diez y ocho mil pececillos.

Estos, sin advertir el peligro que corrían, nadaban apretándose, como los arenques. Se deslizaban alegremente por entre las aguas cuando, de pronto, un objeto largo y pesado cayó de arriba entre ellos con estruendo. El golpe aplastó a centenares de ellos, y otros muchos sufrieron infinitas contusiones. Aquel objeto se alargaba, se alargaba hundiéndose en el mar; medía ya varias leguas y no se le veía aún el fin.

No sólo los pececillos sino también los peces gordos y los fuertes, las conchas y las tortugas, todos los habitantes de las aguas se estremecieron ardiendo de espanto al ver aquella inmensa anguila, porque, contra lo que sucede a los seres humanos, a ellos, que siempre están helados, el miedo les quema.

¿Qué era aquel extraño fenómeno? A los lectores que no lo hayan comprendido aún, les diremos que era el gran cable telegráfico que estaban tendiendo entre Europa y América.

No cesaba la intranquilidad en las regiones submarinas; los peces voladores, para evitar el peli-





Había allí monstruos que, sólo con abrir una vez su terrible boca, habrían podido engullir a los diez y ocho mil pececillos. (Pág. 16.)



gro, elevábanse en los aires a mayor altura que durante el último terremoto. Algunos rápidos nadadores se hundieron de un chapuzón en el abismo del mar para anunciar la llegada del monstruo a los glotones que se ocupaban en devorar a sus semejantes. La noticia produjo gran consternación; un pulpo soltó la víctima que acababa de apresar; algunos cangrejos se conmovieron tan profundamente que se les resquebrajó la concha, y ¡cosa rara!, otros anduvieron hacia adelante, como todo el mundo.

En aquella confusión, los diez y ocho mil pececillos se disgregaron esparciéndose por el Océano; sólo unos ciento permanecieron juntos, apiñados contra una roca, inmóviles.

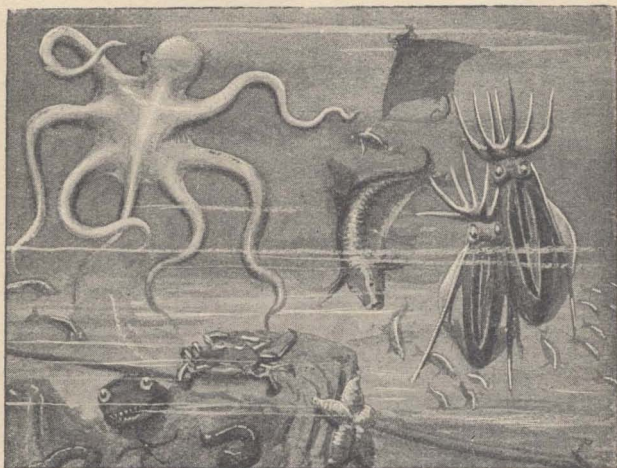
Algunas horas después, al advertir que nada ocurría, empezaron a salir poco a poco de su escondrijo y, atreviéndose a mirar hacia donde se encontraba el monstruo, lo vieron en el fondo del mar, inerte, sin que tuviera ganas de menearse.

—Es un ardid — dijo el más prudente de los pececillos—; tratemos de encontrar a algunos de nuestros hermanos. No nos ocupemos más en ese intruso.

Pero el más lindo de ellos, que era también el más curioso, quería a todo trance obtener informes acerca del monstruo, y enterarse de la razón que lo había impulsado a revolucionar el Océano.

—Subamos a la superficie del agua — aconsejó—, porque el monstruo ha bajado de arriba, y arriba nos informarán.

Y todos los pececillos nadaron en dirección del cielo. Al llegar, encontraron a un delfín que se divertía haciendo cabriolas y le dijeron que, puesto que salía frecuentemente del agua, había debido ver al monstruo lanzarse al mar, y, por consiguiente, que les informara del sensacional acontecimien-



...algunos cangrejos anduvieron hacia adelante como todo el mundo. (Pág. 17.)

to. Pero el delfín, muy ufano de la gracia con que daba volteretas, no se ocupaba más que en hacer valer su persona ; nada había visto, y, como nada tenía que comunicarles, guardó desdeñosamente silencio, continuó chapuzándose y redobló sus piruetas.

Entonces se atrevieron a interrogar a un perro marino que nadaba entre dos aguas, a pesar del peligro que corrían de ser tragados; pero aquel día el perro había llenado bien la panza, y les concedió el honor de responder.

—Puedo satisfacer vuestra curiosidad — les dijo—. Como cuando me place, salgo del agua y vivo al aire, subo frecuentemente, durante la noche, a las rocas y me entero de lo que ocurre en tierra firme, donde habitan unas criaturas infames y péfidas a las que, en su lenguaje, llaman hombres. Estos pasan la existencia tendiéndonos lazos; pero con frecuencia nos escapamos de sus manos, y es lo que acaba de hacer la gran anguila de mar por quien preguntáis. Debía hacer mucho tiempo que, con astucia o violencia, la condujeron a tierra; pero estos días la habían embarcado en un gran navío para transportarla a algún país lejano. He visto el enorme trabajo que les ha costado meterla en el buque; y, si al fin lo han conseguido, se debe indudablemente a que la anguila ha perdido las fuerzas durante su larga permanencia fuera del agua. La enroscaron y oí el ruido que produjo la lucha; pero, una vez en el mar, se les deslizó de entre las manos y se metió en él. Trataron de contenerla con esfuerzos increíbles; pero ella desenroscaba sus anillos sin cesar, y fué al fondo del Océano donde debe estar ahora reposando.

—Dada su extraordinaria longitud, es muy delgada — comentó uno de los pececillos.

—¡ Oh! Le habrán obligado a ayunar — respon-

dió el perro marino—. Ahora que está en su elemento, volverá a engordar. Yo creo que es la famosa gran serpiente marina de que hablan los hombres y a la que tanto temen. Antes creía yo que no existía; pero, después de haberla visto con mis propios ojos, no puedo dudar que es un ser que nada tiene de imaginario.

Y, dicho esto, el perro marino se zambulló y desapareció entre las aguas.

—¡Qué acontecimiento tan extraordinario!— exclamaron los pececillos—. ¡Qué bien cuenta las historias este perro marino y qué instruído es! Sin embargo, no debemos aplaudirle, porque con frecuencia se complace en mascullarnos. Y, ahora, puesto que ya sabemos lo que deseábamos, vamos a jugar como corresponde a nuestra condición de peces jovencillos.

—¿Cómo? — exclamó el más lindo que, si os acordáis, era también el más curioso—, ¿no queréis venir a verificar si es cierto lo que nos ha dicho el perro marino? ¿No queréis ver de cerca la gran serpiente de mar que, según se dice, hace temblar a los hombres, nuestros crueles enemigos?

Los demás pececillos sabían ya bastante; pero el pequeñuelo, que no había satisfecho por completo su curiosidad, decidió intentar solo la aventura, y, abandonando a sus hermanos, lanzóse nuevamente hacia el fondo del Océano. Cuando había recorrido el camino en sentido inverso, iba apretado, entre sus hermanos, y no había podido contemplar las perspectivas del terreno, y por eso esta vez



quedó muy sorprendido al ver las extrañas maravillas que encierra el seno del Océano.

En primer lugar tuvo precisión de echarse a un lado para dejar pasar una innumerable legión de arenques que llegaban a millones de las regiones polares; luego encontró peces de todos tamaños y singulares formas y vió flotar medusas, y otras criaturas caprichosas que tanto tenían de peces como de plantas, quedándose muy sorprendido al llegar al fondo del mar y encontrarlo tapizado de una vegetación rara poblada de millones de mariscos.

De pronto, vió el viajero un objeto negro de aspecto peculiar; era la armazón de un buque que había naufragado. Entró por una escotilla, pero retrocedió espantado al encontrar el cadáver de una

mujer que tenía a su hijo fuertemente apretado en los brazos. La infeliz parecía dormida dulcemente, meciéndose sobre las olas. En los intersticios de las tablas del buque habían brotado numerosas plantas marinas en derredor de la madre y del niño. Era un espectáculo conmovedor ; pero el pececillo, lleno de inquietud, apresuróse a pasar de nuevo la escotilla y a volver entre sus semejantes, quedándose extraordinariamente sorprendido y aterrizado, cuando, al salir del buque, se encontró dentro de la boca de un ballenato que, para su edad, era ya enorme.

—¡ No me engullas ! — exclamó el pececillo con tono suplicante—. ¡ Soy tan pequeñito, que para ti nada significo !

—Bueno — respondió el ballenato— ; pero dime qué has venido a hacer aquí donde no entran jamás peces de tu especie.

El pececillo refirió entonces la historia de la inmensa anguila o serpiente que había conmovido y asustado a todos los habitantes de los mares.

—¡ Oh ! — murmuró el ballenato.

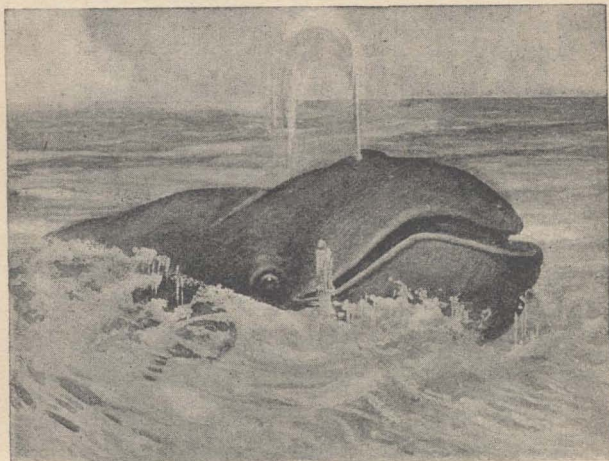
Luego aspiró una masa enorme de agua, subió a la superficie del Océano y la lanzó en un poderoso chorro. Después de haber respirado bien, volvió con ligereza igual y añadió :

—¡ Oh ! Eso es lo que me rozó el lomo, creí que era una maroma, y me froté contra ella para rascarme la espalda que me picaba. Voy a examinar al animal, porque, según lo que dices, debe ser un anfibio como yo.



Y, dicho esto, pusiéronse ambos interlocutores en busca del monstruo, manteniéndose el pececillo a distancia para no ser arrastrado por el torbellino que producía el ballenato al hendir las olas.

En el camino encontraron un marrajo y un pez espada que habían oído hablar de la nueva angui-



...subió a la superficie del Océano y la lanzó en un poderoso chorro. (Pág. 22.)

la, tan larga y tan delgada, y prosiguieron la marcha juntos, y algo más lejos se les reunió un lobo marino.

—Si, como contáis — dijo—, ese animal sólo tiene el grosor de un cable, lo partiré en dos de una dentellada.

Y al decir esto abrió las fauces y enseñó las seis hileras de sus terribles dientes.

—Dejo las huellas de mis dientes en las anclas de hierro — añadió—, y, por consiguiente, viniendo conmigo nada tenéis que temer.

—¡ Ah! Ahí está — exclamó el ballenato, que, como joven, era presuntuoso y creía ver más que los otros—. Mirad cómo se retuerce enroscando sus anillos.

Pero no era el monstruo lo que veía, sino una anguila de mar de la especie ordinaria, aunque de extraordinaria longitud. Se acercaron y le comunicaron la gran noticia.

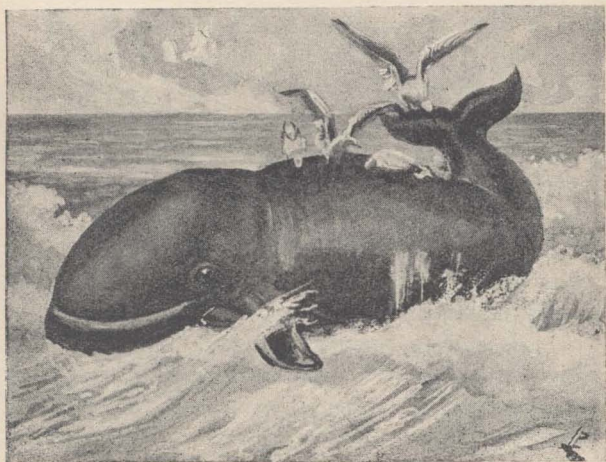
—¿Es más largo que yo? ¿Lo creéis así? Entonces voy con vosotros para cerciorarme. ¡Que tiemble si es como decís, porque no soportaré ningún rival!

Y prosiguieron la marcha. Al tercer día de viaje chocaron contra un monstruo enorme que había sido tomado por una isla flotante. Era la ballena más vieja del Océano. Tenía la cabeza casi oculta entre las plantas marinas, su lomo estaba cubierto de mariscos innumerables y de otros animales, su piel, negra naturalmente, parecía blanca y sonrosada.

—Ven con nosotros — le gritaron—. Vamos a exterminar a un intruso que pretende apoderarse de nuestro imperio del mar. Nos ayudarás con la experiencia que has adquirido durante los siglos de tu existencia.

—Id solos — respondió el cetáceo—, y dejadme,

a mí, pobre viejo, buscar remedio para los achaques de mi avanzada edad. Voy a reunir mis fuerzas y subir a la superficie, porque sólo allí experimento algún alivio. Los pájaros marinos acuden a posarse en mis espaldas y se comen los bichos que tanto me hacen sufrir. Trabajan con sus picos con maravilloso entusiasmo, y, cuando quedan satisfechos, vienen otros. Un día hubo uno que, con la alegría de haber encontrado una mesa tan bien provista, se aferró de tal manera con las patas en mi grasa, que le fué imposible escapar. Cuando bajé al agua, pereció, y los peces lo devoraron, no dejando de él más que el esqueleto que podéis ver en mis espaldas. Valiente pez espada, si dieras ahí



algunos mandobles con tu sable, me quitarías un gran peso de encima.

El pez espada, que era enemigo natural de las ballenas, prestó el favor solicitado, porque el viejo le inspiró compasión.

Hecho esto, reanudaron la marcha los expedicionarios, llegando al lugar en que yacía el cable trasatlántico que, uniendo Europa al nuevo mundo, extendíase sobre las montañas, los precipicios y las selvas de coral que hay en el fondo del Océano. En el momento de acercarse, encontraron una violenta corriente submarina que atravesaron con gran dificultad a causa de los remolinos que levantaba a trechos.

—Aquí está el monstruo — exclamaron todos a la vez.

El cable encontrábase casi cubierto de esponjas, pólipos y gorgonias, viéndosele, cuando las agitaciones del agua lo permitían, bajo una prodigiosa selva de miles de crustáceos, asterioideos y gusanos de formas repugnantes. El cable permanecía inmóvil, pero el pensamiento lo atravesaba de parte a parte.

—No se mueve — dijo el ballenato — ; pero, ¿es por miedo o por astucia?... ¿Qué os parece?

—Dejadme a mí — repuso un pulpo—. Yo tengo los brazos largos y voy a palparlo.

Y, extendiendo sus espantosos tentáculos, envolviólos en torno del cable.

—No tiene conchas — dijo — ni pellejo y es tan duro como una roca.

—Entonces le perdono que sea más largo que yo

—dijo la anguila que se había estirado para medirse con el cable—. Si no tiene pellejo ni flexibilidad, bastante castigado está.

—¿Quién eres?—preguntó el ballenato—. ¿Eres pez o anfibio? ¿Vienes a vivir en el mar?

El cable no respondió ; pero habla, aunque siempre a centenares de leguas de distancia y en un idioma que es ininteligible en el fondo del Océano.

—Si no respondes, te haremos pedazos — dijo el marrajo, que tenía mal genio.

—Si me hacen un rasguño — pensó el cable en silencio—, me subirán para repararme, lo que será una diversión para mí.

Pero pronto dejó de ocuparse en aquella genticilla, porque tenía que transcribir noticias que debían conmover los dos hemisferios.

En aquel momento, acostóse el sol en el mar iluminando con sus brillantes reflejos las profundidades en que se encontraban los excursionistas. La claridad les infundió valor, y, al grito de «¡Sus!» el pez espada, el ballenato y la anguila se arrojaron sobre el cable ; pero el lobo marino, que los había precedido, disponíase a apretar sus tremendas mandíbulas cuando el pez espada, precipitándose, le asestó por detrás un puntazo con su sable.

Esto provocó una querrela, tomando unos cartas por el lobo, y los otros por el pez espada, de donde resultó una pelea general en la que, al fin, los grandes y los fuertes devoraron a los pequeños.

Había llegado la noche ; en la tierra la obscuridad era absoluta, mientras que en el mar brillaban



...disponíase a apretar sus tremendas mandíbulas... (Pág. 27.)

las olas merced a la fosforescencia de varios millares de animáculos lucientes. Habíase restablecido la calma en el fondo del Océano cuyos habitantes se preguntaban qué podía ser aquel extraño animal caído de los cielos.

—Yo únicamente soy quien puede quitaros la preocupación que os agobia e informaros de lo que deseáis saber — dijo una vieja foca que con paso mesurado acababa de acercarse—. El Océano no tiene secretos para mí, pero sé, además, cuanto ocurre fuera del agua. El ser que ha bajado de arriba y tanto os asusta está muerto, bien muerto, y permanecerá inmóvil sin fuerza, sin vigor. No le

temáis, porque no es más que una estúpida invención de los hombres.

El pececillo, que había salido ileso de la batalla merced a su pequeñez, hizo tímidamente algunas objeciones, pero le impusieron silencio en seguida, y la foca reanudó su discurso con asombro de todos, que la escuchaban con la boca abierta, admirando su pasmosa ciencia.

—Sí; sólo se trata de una maquinación de nuestros encarnizados enemigos que no piensan más que en los medios de apoderarse de nosotros. No bastándoles ya las redes y los anzuelos, han tendido esa inmensa cuerda para coger a los imprudentes que la muerdan: pero manteneos a distancia y perderán los enormes gastos que este ardid les ha ocasionado.

La asamblea se disolvió, quedando dispuestos todos los animales a desafiar la maldad de los hombres, sus enemigos.

—Nadie me quitará de la cabeza — dijo para sí el pececillo—, que este monstruo es la famosa y misteriosa gran serpiente marina.

Pero no es eso en absoluto, sino más bien la gran serpiente de Midgard anunciada por la mitología del Norte, la que, después de dar muerte al mal lobo Bernir, abrazará todo el globo, para perder a la humanidad, en un momento determinado, con su poderoso veneno. Después que pase el cataclismo y haya desaparecido el género humano, ¿se formará otro mundo en el que los seres que lo pueblen puedan disfrutar de una felicidad ilimitada? Tal

es la predicción de los antiguos bardos escandinavos.

## EL LIBRO MUDO

Era una hermosa mañana de primavera, el sol brillaba en el espacio enviando a los mortales sus rayos luminosos, y la Naturaleza entera parecía sonreír cantando las glorias de Dios.

En el centro de un tupido bosque, pero próxima a un lugar despejado de plantas y de árboles, y no muy lejos del camino, alzábase una casa de aldeanos, en la que reinaba gran animación.

En el patio, a la sombra de un gigantesco saúco florecido, había un ataúd que debía ser llevado al cementerio una hora después, y en el que reposaba el cadáver de un hombre.

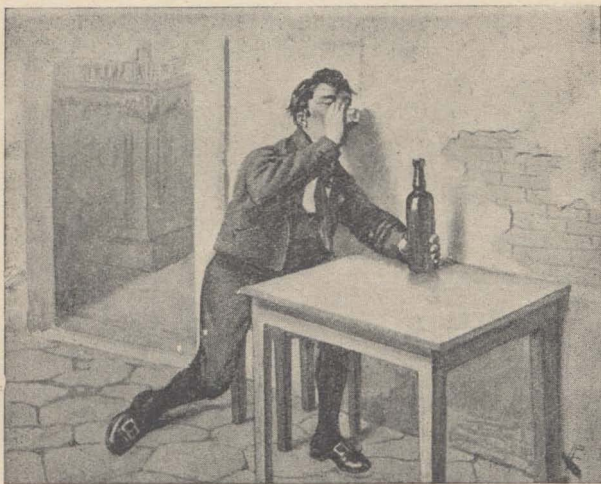
Este, que debía haber fallecido en la flor de su edad, tenía el rostro cubierto con un pañuelo blanco y su cabeza reposaba sobre un libro grueso, cuyas hojas de papel secante estaban en blanco, pero entre ellas había flores y plantas secas. Su propietario había suplicado al morir que colocasen aquel herbario en la misma tumba que sus restos. Cada flor representaba un capítulo de su vida.

Al pasar yo aquel día por el bosque y ver abandonado bajo un saúco el ataúd, sin que lo guardara nadie ni se derramara una lágrima por el difunto, pregunté quién era éste.

—Es un antiguo estudiante — me dijo un aldeano—, que sabía, entre otras muchas cosas, el



latín, el griego, y en su juventud fué alegre; le gustaba cantar y él mismo componía canciones. Pero, de pronto, le sucedió una gran desgracia, que nunca ha revelado. Su carácter cambió por completo, empezó a beber aguardiente, perdió la salud, abandonó los estudios y cayó en la miseria.



En fin, alguien de su familia se apiadó de él y lo trajo aquí. Era dulce como un niño; pero a veces, los recuerdos y los malos pensamientos lo sacaban de sus casillas y corría por el bosque como un lobo perseguido por la jauría. Había que traerlo a casa a viva fuerza; pero para apaciguarlo bastaba mostrarle el libro con las flores secas. Pasaba a veces días enteros hojeándolo, y en muda con-

templación. ¡ Dios sabe los recuerdos que le traían a la memoria aquellas flores, porque, a veces, las lágrimas rodaban lentamente por sus mejillas ! Ese libro, que era su solo placer, su único consuelo, lo hemos puesto en su ataúd, cediendo a sus súplicas. Dentro de unos instantes el carpintero clavará el ataúd, y lo llevarán al cementerio, donde el infortunado disfrutará, al fin, de descanso.

Levanté piadosamente el pañuelo que le cubría el rostro y vi que en sus labios vagaba una dulce sonrisa. Un rayo de sol iluminó su frente que era alta y hermosa, y una golondrina, que revoloteaba cerca del saúco, después de rozar con el ala su cabellera, elevóse en los aires lanzando un alegre grito.

También supe que había contemplado con frecuencia una hoja de roble que guardaba entre las páginas del libro, como recuerdo de uno de sus condiscípulos. Este y el difunto habíanse jurado un día, en el bosque, amistad eterna, y, en testimonio del pacto, se habían puesto en las gorras, las hojas del árbol que simboliza la fuerza y la duración. La hoja ha permanecido ; pero de la amistad sólo quedaba ya un pálido reflejo.

Había, además, en el herbario una flor que, en los climas del Norte, sólo se cultiva en invernadero. Era un delicado obsequio de una linda señorita, hija del castellano.

También había una rosa, cuya contemplación le había hecho derramar muchas lágrimas ; y, a la rosa, seguía una ortiga, varios ramilletes de cam-



El cable encontrábase casi cubierto de esponjas,  
pólipos y gorgonias... (Pág. 26.)



panillas, ramas de yedra y simples manojitos de hierba.

Una brisa suave inclinaba las ramas del saúco sobre el ataúd; la golondrina pasó volando y lanzó su alegre grito. Llegaron algunos hombres vestidos de negro y provistos de clavos y de martillos, cerraron el ataúd, lo llevaron al campo santo, y lo depositaron en la tumba, donde el antiguo estudiante duerme para siempre con la cabeza reclinada sobre su libro de memorias. Cuanto quedaba de su existencia perdida ha desaparecido por completo.

## LOS DOS GALLOS

Muy orgullosos y satisfechos de sí mismos vivían dos gallos, uno en un corral, y el otro sobre un techo; pero éste no era sino la veleta de metal que señalaba la dirección del viento. ¿Cuál de ellos era superior al otro? Cualquiera que sea tu opinión respecto al asunto, puedes reservártela. Yo voy a exponer la mía.

Una verja separaba de otro patio al corral, y en el patio, sobre un montón de estiércol, crecía una hermosa calabaza, que, a pesar de saber que era una planta escogida, no se mostraba orgullosa.

—Cerca de aquí vive un gallo soberbio — se decía —, que tiene derecho de llevar alta la cabeza; pero otro personaje muy distinto es el gallo que habita sobre ese techo, que no rechina siquiera, como otros de su clase que están enmohecidos,

cuando gira sobre sí mismo. Este es un vanidosillo que no sabe cantar el quiquiriquí, no tiene gallina ni polluelos, no piensa más que en sí mismo, y no hace otra cosa que sudar cardenillo. En cambio, el gallo del corral es un gran mozo. ¡ Con cuánta majestad da vueltas! Su canto semeja el sonido de una trompeta, y en la casa señala con regularidad la hora de levantarse. Si me comiera, con hojas y tallo, lo consideraría como un insigne honor. Entrar en su cuerpo sería un fin dichoso para mí, porque me asimilaría a una vida elevada y digna de envidia.

Una noche se desencadenó una espantosa tormenta. Gallos, gallinas y pollos, aunque bien abrigados, apretábanse unos contra otros llenos de temor y espanto. La empalizada que separaba el corral del patio fué derribada por el viento, cayeron muchas tejas del techo, y el gallo de arriba resistió; pero la tempestad lo torció, y a la mañana siguiente no podía moverse, lo que era humillante para él, que tenía todavía pocos años. No hacía mucho tiempo que había sido fundido, y desde el día en que nació estaba ya completamente desarrollado. No tuvo, por consiguiente, juventud, y esto lo vanagloriaba mucho.

Despreciaba a los gorriones y a las golondrinas que a veces revoloteaban en torno suyo.

—Esta gentecilla no hace más que piar — decía—. Los palomos son más discretos, más graves, aunque no piensan más que en llenar el buche, y su lenguaje es monótono y fastidioso. Las cigüe-

ñas, las grullas y otros pájaros de paso, me han parecido, durante algún tiempo, dignos de amistad, porque me contaban historias de los países extranjeros, donde no hay verdaderos techos sobre las casas, y, por consiguiente, tampoco hay gallos como yo. Otras veces me referían las aventuras conmovedoras que les habían ocurrido durante su travesía del Nilo a nuestras regiones del Norte, y los combates que habían sostenido con las aves de rapiña; pero, al año siguiente, su relato era el mismo, y al otro año advertí que repetían constantemente la misma historia. En el mundo sólo hay gente de poco ingenio; ¡qué privilegio tan hermoso es el de dominar, como yo, la tontería universal!

Este gallo de metal era fatuo; si la calabaza hubiera sabido esto, lo habría encontrado muy interesante.

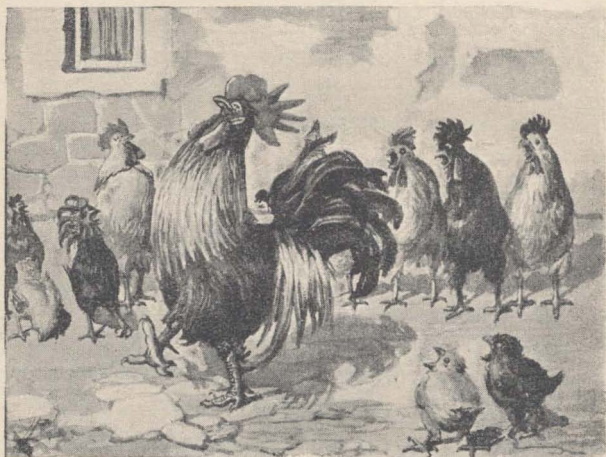
Al llegar la mañana, brilló el sol y volvió a hacer buen tiempo; los polluelos precipitáronse al patio, seguidos por las gallinas, y, tras éstas, apareció el gallo, cerrando la marcha y caminando majestuosamente.

—Habéis oído el trueno, hijos míos — dijo—. Hace más ruido que yo, lo confieso; pero, ¡qué música tan desagradable! No hay nada tan armonioso como mis *quiquiriquís*.

Al ver en tierra la empalizada, toda la gallinería salió al segundo patio y dió un ataque general a la pobre calabaza. Las gallinas arrancaban pedazos que arrojaban a los polluelos, los que se empujaban unos a otros para coger la deliciosa golosina.

El gallo acercóse también y asestó algunos formidables picotazos; la cucurbitácea moría henchida de gozo, porque veía realizado su sueño de pasar a formar parte del ser que más admiraba.

— ¡*Quiquiriqui!* — cantó el gallo cuando estuvo bien lleno—. Estoy de buen humor, hijos míos, y voy a comunicaros una gran noticia. Soy un gallo



como lay pocos. Estoy próximo a poner un huevo, del que saldrá un basilisco, animal fabuloso cuyas miradas no podrán sostener los hombres. Sí, soy un gallo excepcional.

Y, dicho esto, batió las alas, erizó las plumas, el orgullo le infló la cresta y, lanzando tres formidables *quiquiriquis*, empezó a pasearse con noble majestad. Las gallinas y los polluelos quedaronse



con el pico abierto, confundidos por la sorpresa y orgullosos de pertenecer a un ser tan raro. Luego reanudaron la pitanza con más ardor que antes.

El gallo del techo, que lo había escuchado todo, dijo :

—¡ Qué tontería ! ¿ Cómo puede poner huevos ese miserable gallo ? Yo mismo soy incapaz. ¡ Vanidad de vanidades y todo vanidad !

Una fuerte bocanada de viento, recuerdo de la tormenta de la noche anterior, sopló en aquel instante y arrancó el gallo del techo que había resistido el embate de la tempestad.

—Tanto mejor — dijo el gallo de metal al caer—. Así aplastaré a ese rival que me molesta más que los otros.

Este propósito no se realizó, porque el gallo del corral dió un salto de costado y el del techo se hizo añicos contra el suelo, mientras que el superviviente fué a digerir con toda tranquilidad su festín de calabaza.

Es preferible estar repleto de presunción y alabarse con grandes *quiquiriquís*, que es algo positivo, a tener ilusiones sin creer en nada. La moraleja de este cuento así lo enseña.

## EL JABALÍ DE BRONCE

Cerca de la plaza llamada del Gran Duque, en la hermosa ciudad de Florencia, existe una pequeña calle a la que dan el nombre de *Via Rossa*, en cuya

esquina, y precisamente frente a un mercado de legumbres, vese un jabalí de bronce, primorosa y artísticamente labrado. Del hocico del bronceo animal, que es una fuente, brota un agua fresca y cristalina. Los años han cubierto de verde la escultura, excepto el hocico que brilla y reluce como si estuviera bruñido con esmero, a causa, sin duda, de que centenares de niños y de mendigos lo manosean todos los días del año, cuando se acercan a beber. Es un grupo verdaderamente encantador el que forma un pequeño músico calabrés, con su pintoresco traje, abrazado al animal al que parece darle un beso.

Si vais a Florencia y este relato os inspira deseos de ver esta fuente, preguntad al primer mendigo que encontréis dónde está el *Jabali de bronce*, y os mostrará inmediatamente el camino que a él conduce.

Era una noche fría de invierno; los Apeninos estaban cubiertos de nieve, aunque en la ciudad el aire no molestaba mucho. En el espacio azul, brillaba el argentado disco de la luna, y en este país del Sur veíase perfectamente porque las noches suelen ser muy claras, al contrario de lo que ocurre en los países del Norte, donde espesas nubes de plomo llevan por doquiera la sombra y la tristeza.

Un muchachito, harapiento, pero de lindo y sonriente rostro, que daba gusto ver a pesar de la miseria que en él se reflejaba, habíase pasado todo el día en el jardín del Gran Duque, bajo los pinos que sombrean los bosquecillos de rosales, que florecen

hasta en invierno. Tenía hambre y había implorado la caridad de los transeuntes ; pero, como era de alma ingenua e ignoraba el arte de mendigar bien, nadie le había socorrido. Al llegar la noche el guarda del jardín lo arrojó del banco en que se había sentado a descansar.

El infortunado niño se puso en marcha caminando a la aventura y, al pasar por el puente del Arno, echóse de brazos sobre el parapeto donde permaneció largo rato contemplando el reflejo de las estrellas en las aguas del río. Luego fué junto al jabalí de bronce, precipitóse a él y, apretándole el cuello entre sus brazos, acercó la boca y bebió a grandes tragos la deliciosa agua fresca. En el suelo había algunas castañas que se habían salido del saco mal atado de una vendedora, las recogió y le sirvieron de cena.

Como aquel sitio estaba completamente desierto, el niño subió sobre el lomo del jabalí que había apagado su sed, se instaló en él, reclinando su ensortijada cabeza sobre la del animal, y quedóse profundamente dormido.

Al dar las doce, el bronceíneo animal se estremeció y dijo :

—Niño, agárrate bien, porque voy a emprender mi carrera.

Y, en efecto, emprendió una carrera singular. Pasaron por la plaza del Gran Duque, y el caballo de bronce en que monta el duque relinchó al verlos. Al llegar frente al palacio de los *Uffizi*, cuya

puerta se encontraba abierta de par en par, dijo el jabalí :

—Niño, agárrate bien porque vamos a subir la escalera.

Y, penetrando bajo la bóveda, atravesó las galerías, llenas de obras de arte, pinturas y esculturas. El niño las había contemplado ya varias veces ;



pero, a la luz de la luna, le parecieron mucho más hermosas.

Entraron en la sala en que se encuentran reunidas las principales maravillas, la *Venus de Médicis*, los *Gladiadores*, el *Amolador*, y los cuadros de Ticiano, de Rafael y de Leonardo de Vinci. El animal se paseaba lentamente entre estas bellezas, y el niño, dotado como todos los italianos, de un de-

licado sentimiento artístico, las admiraba sin fijarse particularmente en ninguna ni conmovirse, hasta que se encontró delante de un cuadro que ya en otras ocasiones había contemplado durante largo tiempo. Era una obra llena de poesía y de encanto divino, en la que el autor, Angiolino Broncino, había reproducido los rostros sonrientes y alegres de multitud de niños. Aquel cuadro genial se titula la *Bajada de Cristo a los infiernos*, y en él vese al Hijo de Dios, no en medio de los condenados, sino rodeado de paganos a los que lleva la salvación. La expresión de las caritas de los niños es particularmente deliciosa, advirtiéndose en sus facciones que creen estar ya en el paraíso. Dos de ellos, pequeñitos, se besan de alegría; otro, designándose con el dedo y mirando a otro, parece decirle: «Yo también voy a entrar en la vida eterna». Los de más edad no muestran igual seguridad, pero tienen esperanza y se inclinan, reverentes, ante el Señor.

El mendigo contemplaba el cuadro como si lo viera por primera vez, y el jabalí que lo conducía habíase detenido para complacerle. De pronto, las figuras representadas en el lienzo parecieron animarse, y el mendigo tendió las manos hacia los chichuelos sonrientes; pero, en aquel momento, el animal metálico reanudó la marcha, bajó la escalera, y salió del palacio.

—Gracias — dijo el muchacho acariciando con dulzura el cuello del animal—, gracias, y bendito

seas por haberme mostrado ese hermoso espectáculo que no olvidaré en mi vida.

—Yo soy quien debe darte las gracias — respondió el jabalí de bronce—, porque sólo cuando llevo sobre mí a un niño inocente, puedo moverme y abandonar mi pedestal. Sí, entonces poseo hasta el derecho de ser iluminado por la luz de la lámpara que luce ante la santa imagen de la Virgen en la iglesia de Santa Cruz; pero no me es permitido entrar en el santuario, y me veo obligado a permanecer en la puerta. No me abandones, querido niño, porque, si me abandonarás, volvería inerte y sin vida, como durante el día has podido verme.

—Nada temas — repuso el niño—, me agarro bien a tu cuello.

Y, al galope, recorrieron las calles y llegaron delante de la iglesia de Santa Cruz, cuyas puertas se abrieron con estrépito y las luces de los cirios y de las lámparas alumbraron el pórtico.

El niño vió las tumbas de Dante, de Miguel-Ángel, de Maquiavelo, de Galileo, de Alfieri, las glorias más legítimas de Italia, cuyas estatuas de mármol parecían dotadas de vida. Comenzó un acto religioso, los monaguillos balancearon los incensarios y oyóse una música celeste. El mendigo, olvidando su promesa, disponíase a apearse del jabalí para entrar en la iglesia, cuando el animal partió como un cohete y las puertas de la iglesia se cerraron con el ruido del trueno. El niño despertó sobresaltado, y aturdido, y se encontró en la calle de la porta Rossa, habiéndose caído del jaba-

lí de bronce sobre el que se había quedado dormido.

Amanecía ; el sol brillaba en el horizonte y el pequeño mendigo, volviendo a la realidad, sentíase invadido por el temor y la angustia, al recordar a la mala y taimada mujer, a quien llamaba madre y que la víspera lo había mandado a mendigar. No lo habían socorrido y estaba rabiando de hambre.

Con el corazón angustiado, dirigióse hacia la casa en que lo esperaban ; pero, antes de emprender la marcha, acarició el lomo del jabalí de bronce y le besó el hocico, en recuerdo de los momentos felices que habían pasado juntos.

Luego, se internó en un laberinto de sucias y estrechas callejuelas, y, al llegar frente a una casucha cuya puerta de hierro estaba abierta, entró, subió, con ayuda de una cuerda grasienta que servía de pasamano, una mala escalera de carcomidos peldaños, pasó por un corredor en que había colgados numerosos harapos y allí detúvose un momento a escuchar el ruido de una polea tomada de moho, que ponía en movimiento una mujer, para sacar un cubo que antes había hecho descender al pozo. El chico subió luego otra escalera más miserable todavía, y llegó delante de una puerta en la que estaba una mujer con la cabellera negra enmarañada y el vestido mugriento.

—¿Traes dinero, mala pécora?—le gritó.

—No te enfades, madre — repuso el infortunado niño agarrándole una mano a la mujer para besársela—. He rogado, suplicado, y nadie me ha dado limosna.

La mujer, al oír esto, empujó brutalmente al niño dentro del cuarto, y, para calentarse cogió un tiesto de barro lleno de ascuas, como los que usa en Italia la gente pobre que no tiene chimeneas ni caloríferos.

—Vamos — dijo la mujer con acento agrio—, dame todo el dinero que has ocultado.

El niño rompió a llorar y ella lo sacudió y le dió un puntapié, arrancándole un grito de dolor.

—¿Quieres callarte, o te doy más fuerte para que entres en calor? — amenazó la mujer levantando el tiesto de barro.

El chico se refugió en un rincón, sollozando, pero sus sollozos atraieron a una vecina que llevaba también su escalfador.

—Felicidad — dijo—, ¿por qué maltratas a ese desgraciado muchacho que es tan dulce y amable?

—Es mi hijo — respondió la arpía—, y puedo matarlo si se me antoja, y a ti con él.

Y, al decir esto, agredió con su escalfador a la recién llegada, quien repelió la agresión con el suyo; ambos tiestos chocaron y se hicieron pedazos, y los carbones encendidos rodaron por el suelo. Las mujeres aullaron de cólera y de rabia, y el niño, asustado, se escabulló, y, bajando precipitadamente la escalera, echó a correr en dirección a la iglesia de Santa Cruz, adonde llegó sofocado. Atraído por el recuerdo de lo que la noche anterior había visto en sueños, penetró en el templo y se arrodilló en un lugar apartado, cerca de la tumba de Miguel Angel, donde permaneció largo rato llo-



rando sin que nadie se fijara en él. Cuando, terminada la misa, se fué la gente, pasó casualmente cerca del niño un señor anciano, que, al verlo rezar tan fervorosamente con las manos cruzadas y los ojos vueltos hacia la Virgen, se detuvo a contemplarlo.

El niño, abatido por el pesar y el hambre, se levantó, y, arrastrándose, fué a guarecerse en un rincón de una capilla para dormir; pero el anciano, que lo había seguido, acercóse a él y le dió una palmadita en el hombro. El niño se levantó sobresaltado.

—¿Estás enfermo, hijo mío? — preguntóle el caballero—. ¿Qué haces ahí? ¿No tienes padres?

El niño, animado por el aspecto compasivo del anciano, le refirió su triste historia. El caballero, que era un fabricante de guantes, a quien llamaban el tío José, llevóse el chiquillo a su casa, donde fué afablemente acogido por la esposa de aquél, bondadosa anciana, a quien encantó el ver que una perrita de aguas, recién esquilada, que tenían, lejos de ladrar como de costumbre, saliera al encuentro de la criatura dando brincos y haciendo otras mil monerías.

—Los dos seres inocentes se comprenden — dijo la esposa del guantero, complacida de que *Bellísima*, que éste era el nombre de la perra, hubiera recibido tan bien al chico, a quien dió en seguida de comer.

Cuando el niño se hubo reconfortado, le dijo que se quedaría en su casa hasta el día siguiente, y que



el tío José iría a hablar a su madre. Por la noche lo llevaron a un pequeño aposento donde había una camita con un solo cobertor ; pero, para él que tan a menudo había dormido sobre una piedra, este lecho le pareció digno de un rey, y durmió con sueño profundo y tranquilo, soñando con el jabalí de bronce y con las maravillas del palacio de los *Uffizi*.

Al otro día, el tío José salió temprano, quedándose el niño muy triste al verle partir, temiendo que su madre exigiera que volviese a la espantosa casucha.

El niño lloró, y la perrita, para consolarlo, empezó a dar brincos en torno suyo, espectáculo que distrajo mucho a la anciana.

Cuando el tío José volvió, púsose a hablar aparte con su mujer, quien hizo signos de aprobación con la cabeza, y, acariciando los ensortijados cabellos del niño, dijo :

—Es un buen muchacho, y será un guantero hábil que trabajará tan bien como tú. Mira qué dedos tan finos y flexibles tiene. La Virgen nos lo envía para que hagamos de él un buen guantero.

Y, efectivamente, Juanito, que así se llamaba el chico, quedóse en casa de los buenos viejos ; la señora le enseñó a coser y él se mostró dócil y hábil. Comía cuanto deseaba y, olvidando sus antiguas penas, volvióse alegre. Como se pusiera a fastidiar a *Bellísima*, la anciana le amenazó con el dedo y le regañó.

Esto le llegó al alma a Juanito, quien, retirado por la noche en su cuartito, no pudo dormirse, acosado por las torturadoras ideas de otros tiempos. De pronto oyó un ruido extraño en el callejón donde ponían a secar las pieles y al que daba la ventana guarnecida de barrotes de hierro.

—¿Será el jabalí de bronce? — preguntóse medio dormido—. ¡ Si pudiera llevarme a cuestras !

De un salto púsose al lado de la ventana, pero no oyó nada más.

—Toma la caja de colores del *señor* y llévasela —dijo al otro día el tío José a Juanito.

El señor era un joven pintor que vivía en la casa y se disponía a salir, con su caja y un gran lienzo enrollado. El niño obedeció y siguió al pintor, que partió con dirección al palacio de los *Uffizi* y,

al llegar a él, subieron ambos la escalera que conduce a la galería donde Juanito había ido de noche sobre el jabalí de bronce. Reconoció las estatuas, la Virgen famosa y San Juan, su patrono.

El pintor se detuvo delante del cuadro de Bronzino, la *Bajada de Cristo a los infiernos*, y, como si jamás lo hubiese visto, Juanito quedóse extático frente a la imagen del Hijo de Dios rodeado por los niños de celestial sonrisa, que esperaban subir al paraíso.

Cuando el pintor hubo arreglado su caballete, dijo a Juanito :

—Gracias, amiguito ; ahora vuélvete a casa.

—¡ Oh ! Dejadme veros pintar — repuso el niño—. ¿Cómo vais a reproducir esas hermosas figuras en vuestro lienzo blanco?

—No voy a pintar todavía — respondió el joven, quien, cogiendo un pedazo de tiza y midiendo con la vista las proporciones del cuadro, se puso a delinear rápidamente un boceto.

El niño observaba muy atentamente todos sus movimientos.

—Es preciso que vuelvas a casa — dijo el pintor, y Juanito se fué pensativo.

—Cuando llegó al domicilio del guantero, cogió la aguja y se puso a coser.

Pero, durante todo el día, estuvo distraído, se picó los dedos varias veces y no hizo nada útil, no ocurriéndosele siquiera molestar a *Bellisima*. Todo su espíritu estaba reconcentrado en la galería de pinturas del palacio de los *Uffizi*. Por la noche,



...ambos tiestos chocaron y se hicieron pedazos, y los  
carbones encendidos rodaron por el suelo. (Pág. 44.)



como estaba abierta la puerta de la casa, se escurreió fuera. Hacía bastante frío, pero el cielo estaba claro y brillaban las estrellas. Juanito dió lentamente algunos pasos por la calle, y, después, como impulsado por una resolución súbita, se puso a caminar de prisa, y, pasando por las calles desiertas, llegó al lado del jabalí de bronce. Muy alegre, lo besó en el hocico y disponiéndose a encaramarse sobre su lomo, dijo :

— ¡ Buen animal, cuántos deseos tenía de volver a verte ! ¿ No vamos a dar esta noche otra carrerita ?

Tendía ya los brazos para subir, cuando sintió que le tiraban de la chaqueta, y, al volverse, vió a su lado a *Bellisima*, la perrita que no le guardaba rencor y lo había seguido. Juanito quedóse como herido por un rayo. ¡ *Bellisima*, fuera de casa en una noche tan fría como aquélla, y sin el manto que le ponían siempre para salir ! Era un manto muy elegante, hecho de piel de cabrito, y adornado con cintas de color de rosa y pequeños cascabeles.

¡ *Bellisima* iba a resfriarse ! ¡ Qué diría la señora ! No había que pensar ya en ir a la galería de los *Uffizi*. Sin embargo, antes de separarse de aquel sitio besó al jabalí de bronce, y luego, cogiendo en sus brazos la perrita, que temblaba de frío, se puso a correr con toda la fuerza de sus piernas.

— ¿ Adónde vas tan de prisa ? — le preguntaron unos polizontes contra los que se dió de hocicos—. ¿ A quién has robado esa linda perrita ?

Y, diciendo esto, le quitaron a *Bellisima*, que les ladraba.

—¡ Oh, señores, devolvédmela ! — suplicó.

—No, no — respondieron—. Si no la has robado, y la quieren en su casa, que vayan a buscarla al cuerpo de guardia.

Y se marcharon, llevándose a *Bellísima* que hacía grandes esfuerzos por correr en pos de Juanito.



..al volverse vió a su lado a *Bellísima*... (Pág. 49.)

El infeliz no se movía, estaba aniquilado, preguntándose si debía arrojarle al Arno o regresar a casa para referir lo ocurrido.

—Seguramente van a matarme — decíase—; pero, si me muero, iré al lado de Cristo a reunirme con los niños del cuadro. Vaya, no hay mal que por bien no venga. Que me maten.



Al llegar a casa la encontró cerrada, y como era muy pequeño para llegar al aldabón, cogió una piedra y la arrojó contra la puerta.

—¿Quién anda ahí? — preguntó el tío José.

—Soy yo — respondió Juanito—. *Bellísima* se ha marchado. Está en el cuerpo de guardia. ¡Abrid y matadme!

Aquí fué Troya. La señora examinó en seguida el cajón en que guardaba el manto de la perrita, y al ver que estaba allí, exclamó:

—¡*Bellísima* en el cuerpo de guardia y sin su manto! ¡Ah perversa criatura! Tú te la has llevado fuera para jugar. ¡Va a helarse! Corred pronto, José, corred pronto a sacar a ese pimpollo de las manos brutales de los polizontes.

El tío José partió apresuradamente; la señora gemía y se lamentaba, y Juanito sollozaba. Todo el mundo se puso en movimiento en la casa; el pintor acudió también. Cogió al niño en brazos, le interrogó, y Juanito, entre dos torrentes de lágrimas, refirió toda la historia del jabalí de bronce y del palacio de los *Uffizi*, que no era muy clara ni fácil de comprender. El joven trató de consolar a Juanito y de tranquilizar a la anciana señora; pero ésta no se calmó hasta que el tío José volvió con la perrita sana y salva, que parecía muy orgullosa de haber estado entre soldados.

El disgusto convirtiéndose entonces en alegría. Juanito y *Bellísima* bailaban de contento, y para colmo de placer el pintor prometió dar al niño hermosas estampas.



Efectivamente, al otro día el joven le regaló algunos grabados, dibujos y paisajes, hombres con grandes barbas, y ¡oh sorpresa! el jabalí de bronce, trazado en cuatro rayas, y toda la calle y el mercado alrededor.

—¡Qué fortuna es saber dibujar — se dijo Juanito—, porque se puede tener constantemente al lado a todos los seres queridos, y hasta al mundo entero!

Y, tan pronto como estuvo solo, cogió un lápiz y en el reverso de una de las estampas trató de reproducir a su amigo el jabalí de bronce, dándose el chiquillo tal maña, que se podía reconocer al animal, aunque estaba algo torcido y tenía una pierna muy gorda y otra muy delgada.

Juanito, al ver su obra, bailó de júbilo, pero no dejó de reconocer que no era perfecta. Al día siguiente le resultó mejor, llegando, al fin, a obtener un dibujo relativamente aceptable.

En cambio, los progresos en la costura se paralizaban mucho, y cuando Juanito iba a llevar algún pedido, estaba fuera mucho tiempo; pero no se entretenía en jugar, sino en dibujar del natural el jabalí de bronce, el caballo de la plaza del Gran Duque, y la columna de la plaza de la Trinidad, con la estatua de la Justicia que tiene las balanzas en la mano.

Todo esto no eran más que objetos inanimados, y a Juanito no le satisfacía; pero, un día, fué *Bellisima* a visitarlo a su cuarto, y el chiquillo, al verla, exclamó:

—¡ Ah! Vas a estarte muy quieta, porque quiero hacer de ti un bonito retrato, para tenerte siempre conmigo.

Pero, como la perrita había ido a jugar con su amigo, no se resignaba a estarse quieta. Entonces Juanito la ató encima de una silla por las patas y por la cabeza. El animalito se agitó y ladró, y el chicuelo apretó la cuerda.

—¡ Ah! ¡ bribón! — exclamó la guantera entrando en aquel momento—. ¡ Pobre joya!

Pero esto fué cuanto se le ocurrió decir por el momento a la anciana, que inmediatamente puso a *Bellisima* en libertad. Repuesta de la impresión maldijo al chiquillo, llamándole miserable e ingra-

to, cogió un palitroque, le golpeó con él y lo echó de la casa.

El desgraciado niño, abrumado por el infortunio, pálido y desconsolado, bajó la escalera, donde encontró al pintor, que la subía. En aquel momento se decidió la suerte futura de Juanito.

Veamos ahora el fin de la historia.

En 1834, se celebraba una exposición en la *Academia de las Artes* de Florencia. La multitud deteniase curiosa a contemplar dos cuadros colocados uno al lado del otro. Uno representaba un niño que trataba de dibujar una perrita, atada encima de una silla, y que se agitaba del modo más cómico



Juanito la ató encima de una silla por las patas y por la cabeza. (Pág. 53.)

del mundo para libertarse de los lazos que la apresaban. La escena estaba admirablemente pintada ; la actitud seria y aplicada del niño y los movimientos cómicos del animalillo, daban al cuadro gran vida y animación.

Referíase que aquel niño, abandonado en las calles por una mala mujer que lo castigaba cruelmente, había sido recogido por un buen guantero, quien después lo había arrojado de su casa por haber atado a viva fuerza a la perrita, la favorita de la guantero, para dibujarla, y que un pintor, el autor del cuadro, había descubierto sus aptitudes artísticas y lo había protegido.

El niño se había hecho un gran pintor, según podía apreciarse viendo el segundo cuadro, obra suya que representaba el jabalí de bronce, tan conocido en Florencia. En el lomo del animal dormía un niño iluminado por el reflejo de la lámpara de la Virgen. Todo era perfecto en este lienzo, el dibujo, el color y la factura ; pero lo que especialmente despertaba la curiosidad del público, era la sonrisa del niño abismado en un sueño misterioso, sonrisa tan ideal y divina como sólo puede verse en las bocas de los ángeles.

En la parte baja del cuadro había una corona de laurel ; el novel artista había obtenido el premio de honor de la exposición, pero entre las hojas veíase un crespón negro. El joven pintor acababa de ser arrebatado del mundo de los vivos por una terrible epidemia. ¡ La muerte lo había sin duda conducido al país de los sueños de su infancia !

## LA SOMBRA

El sol es tan ardiente en los países tropicales, que da a la piel de los habitantes de aquellas regiones un color tan moreno como el de la caoba vieja, y hay territorios donde los indígenas son completamente negros.

Un día, un sabio del Norte llegó a una región del Sur; habíase engreído anticipadamente de poder contemplar a su gusto las bellezas de la Naturaleza que en estos parajes desarrolla un clima privilegiado; pero sufrió una gran decepción porque veíase obligado a permanecer durante todo el día como prisionero dentro de la casa, con las puertas y las ventanas cerradas, y aun así sufría grandes angustias porque el sol abrasa con sus rayos el terrado o azotea que formaba la techumbre, y el aire era tan abrasador que no se podía soportar.

El sabio del Norte era joven y robusto; pero, bajo aquel sol tórrido, su cuerpo se secaba y enflaquecía a ojos vistas; su sombra se empequeñecía y sólo cuando el sol desaparecía del horizonte recobraba las fuerzas. Era un placer entonces el ver, cuando una luz cualquiera iluminaba la habitación, cómo la sombra del sabio extendíase a lo largo de la pared y crecía hasta llegar al techo.

El sabio también se sentía renacer en aquel momento; se paseaba por el aposento para reanimar sus piernas agarrotadas y salía al balcón para contemplar el firmamento tachonado de estrellas. A

todos los balcones (y en aquellos países los tienen todas las casas) salían las gentes ansiosas de respirar el aire fresco, cosa siempre agradable, aun para los que tienen la piel tostada por el sol. La calle también se animaba, porque los vecinos se arrellanaban delante de las puertas de sus casas y miles de luces brillaban por doquier. Unos charlaban como cotorras, otros entonaban alegres canciones; los carruajes comenzaban a rodar y piaras enteras de mulas pasaban al trote haciendo resonar sus cascabeles. De pronto desfilaba un cortejo de gentes cubiertas con capuchas, cantando salmos y con antorchas encendidas en la mano: era un entierro; y, un momento después, resonaba la bulliosa música de un baile. En todas partes reinaba la más viva animación.

Sólo en una casa continuaba imperando un silencio absoluto, en la que estaba enfrente de la que habitaba el sabio extranjero. Sin embargo, no estaba deshabitada; en el balcón había muy hermosas plantas que necesariamente alguien había de regar, porque, de lo contrario, el sol no habría tardado en secarlas.

Adelantaba la velada; de pronto se entreabrieron las puertas del balcón, y del interior salieron suaves sonidos musicales que al sabio parecieron encantadores y deliciosos, aunque a él todo lo de aquel país le parecía igualmente encantador, excepto el ardor del sol. Preguntó quiénes eran las personas que vivían enfrente, y le contestaron que se ignoraba.

Una noche, el sabio, que había dejado abierta la ventana de su aposento, se despertó sobresaltado; miró y creyó ver una luz extraordinaria en el balcón de la casa de enfrente; las flores parecían brillar como magníficas llamas de color, y en el centro estaba una joven de maravillosa hermosura, que semejaba un ser fantástico, todo de fuego.

El sabio extranjero quedó deslumbrado, se levantó de prisa y deslizóse lentamente hacia la ventana. La joven había desaparecido, y no brillaba un solo rayo de luz; las flores continuaban en el balcón, eran muy lindas, pero no despedían llamaradas. La ventana estaba abierta y del interior de la habitación salía una música embriagadora que arrobaba el alma y hacía palpar el corazón deliciosamente.

¿Quién podía vivir allí? ¿Por dónde entraban en aquella casa singular en cuya fachada no se veía puerta alguna y las ventanas estaban constantemente cerradas?

Otra noche, en que estaba el sabio extranjero en su balcón, detrás de él, en su aposento ardía una luz, y, su sombra, como era natural, aparecía en la pared de la casa de enfrente. El extranjero se movió, y la Sombra, moviéndose también, se encontró entre las flores del balcón de enfrente.

—Creo — dijo el sabio extranjero — que, en este momento, mi Sombra es la única cosa animada que hay en esa misteriosa casa. La ventana se encuentra entreabierta, y si tuviera mi Sombra bastante ingenio para entrar a ver lo que allí su-



cede, podría venir a decírmelo. Sí — prosiguió dirigiéndose a la Sombra en son de broma—, hazme el obsequio de entrar ahí. ¿Quieres?

Y al mismo tiempo hizo un movimiento con la cabeza que la Sombra repitió como si contestara : «sí».

—Pues bien — replicó el extranjero riendo—, no te distraigas y ven a buscarme.

Y, al decir esto, se levantó, entró en su aposento y dejó caer las cortinas. Entonces, si alguien hubiera estado allí, habría podido ver claramente a la Sombra penetrar ligeramente por la ventana entreabierta de enfrente y desaparecer en el interior.

Al día siguiente, que no hacía tanto calor, el sabio salió para ir a la biblioteca. El cielo estaba cubierto de nubes ; pero éstas no tardaron en desvanecerse y apareció el sol.

—¿Qué quiere decir esto? — exclamó el extranjero, que acababa de volverse para reflexionar un momento—. ¡Es espantoso! ¡Cómo! ¿no tengo Sombra? Me ha cogido la palabra y me ha abandonado ayer noche. ¿Qué va a ser de mí? Seré la diversión de toda la ciudad ; ¡ como si no se burlaran ya bastante de los extranjeros!

Lo que más le molestaba no era que su Sombra lo hubiera abandonado, sino que ya había una historia del hombre que había perdido la suya. Si este hombre no hubiera existido, su caso habría sido único y la rareza de la aventura habría podido consolarlo ; pero no era más que una segunda edición y el hecho no tenía nada de interesante, por lo que

el sabio resolvió no hablar a nadie de ello y abstenerse de salir de casa durante el día.

Por la noche se puso al balcón con una luz detrás de él ; se estiró, se inclinó hasta el suelo, hizo mil contorsiones, llamó repetidas veces y la Sombra no pareció.

El caso no era nada halagüeño ; pero, como en los países cálidos la vegetación es muy lujuriente y todo brota y prospera que es una bendición, al cabo de ocho días, el extranjero vió, al reflejo de una lámpara, un ápice de sombra detrás de él.

—¡ Oh fortuna ! — exclamó—, ¡ había quedado la raíz !

La nueva sombra creció tan rápidamente, que tres semanas más tarde, el sabio se atrevió a mostrarse en público, durante el día ; y, cuando partió para el Norte, su patria, no se veía en él nada de extraordinario.

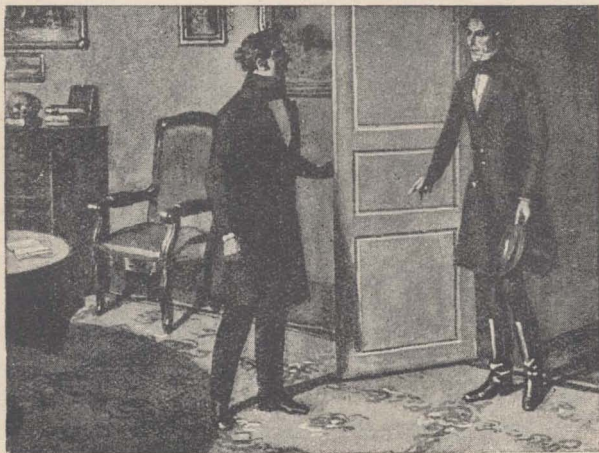
De vuelta en su país, el sabio escribió libros en los que relataba las bellezas que había descubierto y contemplado en la región meridional.

Pasaron muchos años, y, una noche que estaba meditando, oyó llamar a la puerta de su habitación. «Entrad», dijo ; pero no entró nadie. Entonces abrió él mismo y se encontró con un hombre de una delgadez extremada, que, a juzgar por su traje de última moda, debía de ser un personaje muy distinguido.

—¿ A quién tengo el honor de hablar ? — preguntó el sabio.

—Sí, eso es, ya suponía que no me reconoceríais

—respondió el recién llegado—. No soy muy grueso, pero tengo un cuerpo real, de carne y hueso. No habéis imaginado nunca verme en este estado. ¿No os acordáis de mí? Pues soy vuestra antigua Sombra. Desde que os abandoné me ha sonreído por doquiera la fortuna y he adquirido un bonito



...abrió él mismo y se encontró con un hombre de una delgadez extremada... (Pág. 60.)

capital, lo que me permitirá rescatarme de la obligación que os debo.

Y, al decir esto, agitó los preciosos dijes que colgaban de la gruesa cadena de oro que llevaba al cuello, y sus dedos también estaban cubiertos de brillantes que despedían magníficas luces.

—Dispensadme ; pero no salgo de mi asombro— exclamó el sabio—. ¿No os burláis de mí?

—Nada de eso — respondió la Sombra—. Mi historia no es de las que suceden todos los días, pero tampoco vos sois un hombre ordinario y de vos procedo. Cuando me autorizasteis para abandonaros, aproveché el permiso, como sabéis, y ahora me encuentro en una situación brillante ; pero he experimentado el deseo de volver a veros antes de que muráis, como también la tierra en que nací. Sé que tenéis ya otra sombra. ¿Debo pagarle algo por ocupar mi puesto y queréis decirme cuánto os debo a vos por mi rescate?

—¡Cómo ! ¿de veras eres tú? — exclamó el sabio—. Jamás, ni en sueños, se me hubiera ocurrido que era posible encontrar a su Sombra bajo la forma de un ser humano.

—Os pido mil perdones si insisto — replicó la Sombra—. ¿Qué suma tengo que pagaros para que renunciéis a la autoridad que ejercéis sobre mí?

—Dejemos eso — dijo el sabio—. No puede haber discusión entre nosotros por cuestiones de dinero. Te liberto, te dejo libre como el aire, y estoy muy satisfecho de que hayas tenido tan buena suerte en el mundo. Sólo una cosa te suplico, que me cuentes tus aventuras desde el momento en que entraste por la ventana del balcón de frente a la casa que habitamos.

—No tengo inconveniente en complaceros — repuso la Sombra— ; pero, antes, prometedme no revelar nada a nadie, y no publicar que he sido un

ser impalpable. Puede ocurrírseme contraer matrimonio y no me agrada que me crean un ente ligero y sin consistencia.

—Está convenido — asintió el sabio—. No contaré a nadie tu historia.

Antes de comenzar su relato, instalóse la Sombra a su gusto. Estaba vestida de negro, su traje era del paño más fino, y de charol sus botas; el sombrero era de muelles como los que usan los aristócratas cuando visten de etiqueta. La Sombra, pues, vestía a la última moda, siendo esto lo único que hacía suponer que pertenecía al género humano.

Tomó asiento colocando sus botas de charol sobre la cabeza de la nueva sombra que la había reemplazado y estaba, como perro fiel, a los pies del sabio; pero ésta no pareció sentir la humillación y no se movió, pues deseaba saber de qué modo había podido la primera libertarse de su esclavitud.

—Todavía ignoráis — comenzó la Sombra—, quién vivía en la famosa casa que tanto os llamaba la atención en los países tropicales. Era el ser más sublime que existe en el mundo: la Poesía en persona. No estuve más que tres semanas a su lado; pero en aquellos días aprendí a conocer los secretos del universo mejor que si hubiera vivido en otra parte tres mil años, leyendo todos los libros de todos los siglos, escritos en todas las lenguas. Hoy puedo decir, sin temor de equivocarme, que todo lo sé, y todo lo he visto.

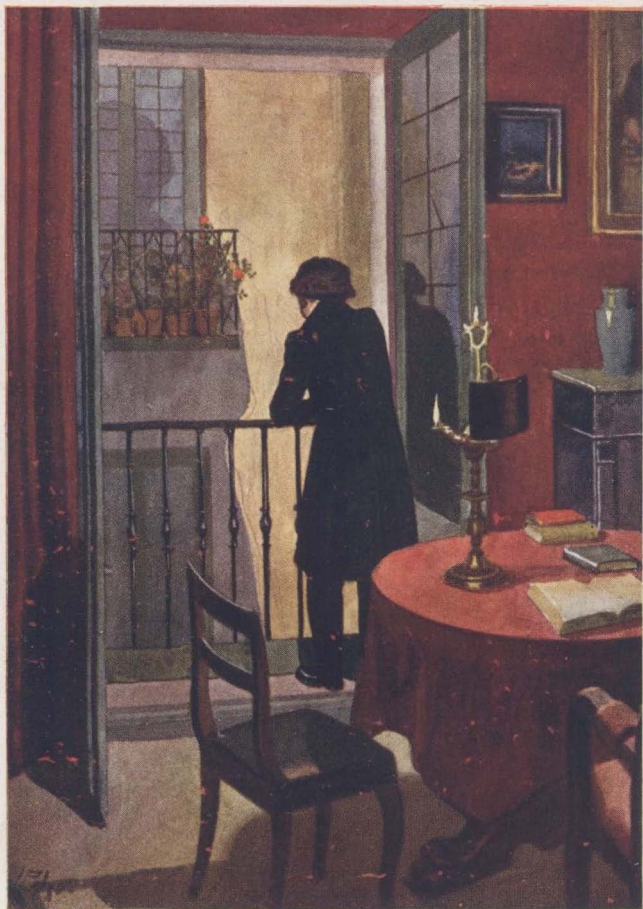
—¡ La Poesía !—exclamó el sabio—. ¿Cómo no se me ocurrió? Es verdad que, en las grandes ciudades, ave solitaria, aislada, muy pocos se interesan por ella. No la he visto más que un momento y estaba casi dormido. Estaba en el balcón, y en torno suyo brillaba una aureola que semejaba una de nuestras auroras boreales ; encontrábase entre flores que parecían llamas. Pero continúa, continúa... Entraste por el balcón, y...

—Me encontré en una antecámara iluminada por una especie de crepúsculo ; la puerta, que estaba abierta, daba a una larga galería de brillantes estancias que se comunicaban unas con otras ; la luz era deslumbradora y me habría muerto infaliblemente si me hubiera aventurado a entrar en ellas ; pero, como procedía de vos, tenía ya suficiente cordura para permanecer a cubierto y observarlo todo desde el rincón en que me encontraba. En el fondo vi a la Poesía, la divina virgen, sentada en su trono.

—¿Y después? — interrumpió el sabio—. Habla pronto y no me impacientes.

—Ya os lo he dicho — replicó la Sombra—, vi desfilar ante mí cuanto existe ; el pasado y gran parte del porvenir. Pero, entre paréntesis, ¿no os parece prudente que dejéis de tutearme? Hago esta observación, no por orgullo, sino por razón de mi ciencia, hoy muy superior a la vuestra, y, especialmente, por mi cuantiosa fortuna, cosa que en este mundo regula las relaciones sociales.

—Tenéis razón — asintió el sabio—. Dispensad-



Sí—prosiguió dirigiéndose a la Sombra en son de broma—, hazme el obsequio de entrar ahí. ¿Quieres? (Pág. 59.)





me que no se me haya ocurrido y haya conservado mi antigua costumbre. Proseguid, os lo ruego.

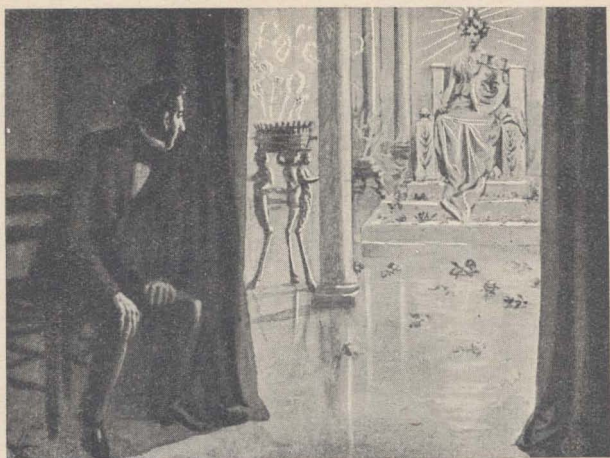
—No puedo más que repetiros siempre lo mismo — dijo la Sombra— ; lo he visto todo, y lo sé todo.

—Pero, en fin — replicó el sabio—, ¿cómo eran esos magníficos palacios? ¿Era como un templo sagrado? ¿Habría uno creído estar bajo el cielo estrellado, o en una misteriosa selva? En estos lugares se supone que habita la Poesía.

—Ahora que todo lo he visto y todo lo conozco— repuso la Sombra—, me es penoso entrar en detalles.

—Decidme, por lo menos, si en esas espléndidas salas habéis visto los dioses de los tiempos antiguos, los héroes de las edades pasadas. ¿No bailan las sílfides, los genios?

—No queréis comprender que me es imposible deciros más. Si hubierais estado en mi posición, en aquella mansión encantada, habríais llegado a ser superior al hombre ; yo que era sólo una Sombra, he conseguido ser hombre. Ahora bien, es condición propia de la humanidad echársela de importante, prevalerse con exceso de sus ventajas, y, por lo tanto, es muy natural que yo, que lo he visto todo, no os comuniqué nada de mi ciencia. Tengo tanto más motivo para mostrarme altiva, cuanto que, encontrándome en la antecámara del palacio, adiviné el parecido de mi ser íntimo con la Poesía : los dos somos reflejos. Y recordad que a veces era yo más grande que vos, pues a la luz de la lu-



En el fondo vi a la Poesía, la divina virgen, sentada en su trono. (Pág. 64.)

na se me veía a mí mucho mejor. Cuando, convertida en hombre, abandoné la mansión de la Poesía, habíais salido de la ciudad, y yo me encontré en las calles, vestida tan ricamente como un príncipe. Al principio, lo extraño de mi nueva situación me produjo un efecto singular, y permanecí todo el día en un rincón de una apartada callejuela. Al llegar la noche, recorrí las calles a la luz de la luna; subí por las paredes y miré dentro de las casas, por las ventanas de los hermosos salones y de las humildes buhardillas. Como nadie desconfiaba de mí, descubrí todas las cosas feas que dicen y hacen los hombres cuando creen estar

al abrigo de toda mirada indiscreta. ¡Qué malo es el mundo! Me avergoncé de tener naturaleza humana. Penetrando por las rendijas más pequeñas, veía cuán malos son, con frecuencia, hasta los niños que parecen tan dulces y amables. Si hubiera consignado en un diario todas las infamias, intrigas y pequeñeces que descubría, no se habría leído más que mis escritos en todo el mundo; pero, ¡cuántos disgustos me hubiera ocasionado esto! Preferí, por consiguiente, revelar a los interesados, en carta particular, que conocía sus faltas. Adondequiera vivían las gentes en angustias terribles, y, aunque me aborrecían como a la muerte, me festejaban, me hacían soberbios regalos y me tributaban los más altos honores. Los académicos me nombraban entre ellos; los sastres me vestían gratis; los proveedores me daban lo mejor que poseían para que no publicara sus fraudes; los banqueros me llenaban de oro, y las mujeres me llamaban el hombre más hermoso de la creación. Dejé hacer y de este modo he llegado a ser el personaje que veis. Ahora os abandono para ir a mis negocios. Hasta la vista, pues. Aquí tenéis mi tarjeta. Vivo donde brilla el sol, y, cuando llueve, estoy siempre en casa. Pero os prevengo que salgo de viaje mañana, para dar la vuelta al mundo. ¡Adiós!

Y, dicho esto, desapareció la Sombra. El sabio pasó todo el día absorto en profundas reflexiones acerca de aquella extraña aventura.

Dos años después, volvió a presentársele la Sombra, que le preguntó:

—¿Cómo os encontráis?

—No muy bien — respondió el sabio—. Escribo lo mejor que puedo acerca de la Verdad, la Belleza y la Virtud ; pero mis libros no interesan casi a nadie y tengo la debilidad de afectarme. Estoy desesperado.

—No me ocurre a mí eso — dijo la Sombra—. Mirad cómo engordo y qué buena cara tengo. Es el verdadero fin de la vida ; no sabéis tomar el mundo como es y explotar sus defectos. Os convendría viajar un poco. Precisamente voy a ir a otro continente. ¿Queréis acompañarme? Os proporcionaré cuanto necesitéis y viviremos como príncipes ; pero impongo una condición. Como yo no tengo sombra, vos desempeñaréis ese papel a mi lado.

—Vuestra pretensión es absurda — respondió el sabio—. ¿Cómo, habiéndoos libertado gratis, os atrevéis a proponerme que sea esclavo vuestro?

—Es consecuencia natural de la evolución que se está operando en el mundo — explicó la Sombra—. Hay alternativas : los amos se convierten en criados, y, cuando los criados mandan, lo hacen como tiranos. Esto ha sucedido y sucederá siempre hasta la consumación de los siglos ; ¿no queréis aceptar? ¡ como os plazca !

La Sombra partió de nuevo.

El pobre sabio fué decayendo cada día más, agobiado por las penas y los pesares. Nadie hacía caso de lo que escribía acerca de la Verdad, de la Belleza y de la Bondad, y concluyó por enfermar gravemente.

—¡Cómo adelgazáis! — le dijo uno de sus amigos—; ¡parecéis una sombra!

Estas palabras crueles hicieron temblar al infortunado sabio.

—Tenéis que ir a los baños — le aconsejó la Sombra que volvió a visitarlo—. Es indispensable si queréis recuperar la salud. Habéis rechazado en otro tiempo la proposición que os hice de tomaros por mi sombra, y hoy, en atención a nuestras antiguas relaciones, vuelvo a repetíroslo. Yo pago los gastos del viaje; también necesito ir a los baños para que me salga la barba que no quiere crecer lo bastante para darme el aspecto digno que conviene a mi posición. Seréis, pues, mi compañero; escribiréis la relación de nuestras peregrinaciones y me la leeréis por las noches para distraerme. Sed razonable y no rechazéis tan ventajosa proposición.

El sabio, impulsado por la necesidad, hizo enmudecer su altivez y partieron. La Sombra ocupaba siempre el lugar preferente; el sabio debía girarse, según la dirección del sol, de manera que figurase una sombra; pero esto no lo entristecía; tenía muy buen corazón, era dulce y amable y, como aquello complacía a la Sombra, consideraba justo satisfacerla.

—Ahora que somos amigos íntimos como en otro tiempo, ¿no sería preferible volver a tutearnos?— preguntó un día a su compañero inseparable.

—Vuestra proposición es muy halagüeña — respondió la Sombra con el acento de gravedad que

convenía a su calidad de amo—; pero comprendió lo que con toda franqueza voy a deciros. Vos, que tan sabio sois, no ignoráis cuán singulares son los hombres, dispuestos a impresionarse por nada. Unos se desmayan ante un ratón o una araña; otros rechinan los dientes cuando se rasca un vidrio con un clavo en su presencia, y yo me pondría muy nervioso si me tutearais de nuevo, porque me haría recordar mi antigua posición subalterna. De todos modos, no tengo inconveniente en que nos tuteemos si así lo deseáis, pero sólo a medias. Yo os trataré de tú, y vos me hablaréis con el respeto debido a mi superioridad.

Y así se hizo. El sabio no protestó, pero interiormente parecióle violento que aquel ser que le debía la existencia lo tratara familiarmente, mientras él estaba obligado a llamarle de vos.

—Debe ser la evolución natural del mundo—se dijo, y no pensó más en la cuestión.

La Sombra y el sabio fijaron su residencia en una población balnearia donde había muchos extranjeros de distinción, y, entre otros, la hija de un rey, maravillosamente hermosa, que había ido con la esperanza de curarse de una enfermedad grave. Su vista era muy penetrante, veía las cosas con suma claridad y esto le quitaba toda ilusión.

Inmediatamente advirtió que el recién llegado no era una persona ordinaria, a juzgar por su gran boato.

—Asegura la gente que se encuentra aquí para que las aguas hagan crecerle la barba — se dijo—;

pero sé bien a qué atenerme respecto a su enfermedad. Lo que le sucede es que no da sombra.

Para satisfacer su curiosidad, que era muy viva, hizo que en el paseo le presentaran al señor extranjero ; y, como en su calidad de hija de un rey poderoso, no estaba acostumbrada a gastar circunloquios, le dijo a quema ropa :

—Conozco mejor vuestra enfermedad que el médico que os asiste. Vos sufrís por no tener sombra.

—Vuestras palabras me llenan de alegría—respondió la Sombra—, porque me prueban que Vuestra Alteza Real está en vías de curación y que su vista comienza a turbarse y engañaros. Lejos de carecer de sombra, tengo una sumamente extraordinaria, pero mi carácter es muy singular, y no me he contentado con la sombra que tienen en general los hombres. Mi sombra es un hombre de carne y hueso, y, así como a veces se da a los criados un paño más fino que el que lleva uno mismo, he hecho tanto en su obsequio, que él también tiene sombra. Me ha costado mucho ; pero, os lo repito, me entusiasman las cosas raras.

—¿Qué me contáis? — exclamó la princesa—. ¡ Ah felicidad ! Mis ojos comienzan a engañarme. Estas aguas son realmente maravillosas.

Y, dicho esto, se separaron haciéndose mutuamente las más profundas reverencias.

—Podría suspender el tratamiento médico desde hoy — dijo la princesa— ; pero deseo permanecer algún tiempo más para distraerme. Ese príncipe (porque indudablemente tiene que ser hijo de un rey

una persona tan elegante y tan correcta), me interesa mucho. ¡ Con tal que no le salga la barba demasiado pronto y vuelva a sus estados !...

Por la noche, en la gran sala de baile, la hija del rey y la Sombra bailaron un vals. Ella era ligera como una pluma, pero él era menos pesado que el aire ; jamás se había visto una pareja semejante.

La princesa dijo cuál era el reino de su padre, y la Sombra contestó que lo conocía por haberlo visitado en otro tiempo, en ocasión en que la princesa estaba ausente. La Sombra habíase divertido, según costumbre, en subir por las paredes del palacio y mirar por las ventanas, por entre las cortinas y hasta por los agujeros de las colgaduras, descubriendo muchos secretos de la corte a los que,





hablando, hizo alusiones que llenaron de asombro a la hija del rey.

—¡ Cuánta gracia y qué tacto tan exquisito posee ese galante príncipe ! — se dijo la princesa, y la segunda vez que la sacó a bailar se sintió inclinada hacia él.

Al advertirlo la Sombra, redobló su amabilidad, y, a la tercera contradanza, la princesa estuvo a punto de confesarle que había conmovido su corazón ; pero, como era sensata y pensaba en el bienestar de su reino, del gran reino que debía gobernar un día, se dijo :

—Este príncipe tiene mucho ingenio, su conversación es muy interesante, y baila divinamente ; pero, para que pueda ayudarme a gobernar a mis millones de súbditos, sería preciso que tuviera ideas sólidas. Esto es muy importante, y voy a someterlo a un examen.

Y le hizo una pregunta tan extraordinariamente difícil, que ella misma no habría podido responder con acierto. La Sombra hizo una ligera mueca.

—¿ No sabéis contestarme ? — interrogó la princesa defraudada en sus esperanzas.

—No es eso — replicó la Sombra—, pero estoy algo desconcertado porque habéis considerado necesario examinarme. En cuanto a la pregunta, conozco la contestación desde mi infancia, hasta el extremo que mi misma sombra, que está allí, al lado de la puerta, podría responderos.

—¡ Vuestra Sombra ! — exclamó la princesa—. ¡ Sería un fenómeno singular !

—No lo aseguro — dijo la Sombra— ; pero creo que podría contestar satisfactoriamente. Toda mi vida me he ocupado en las ciencias, y es natural que mi sombra tenga algo de mí, aunque precisamente a causa de los conocimientos que ha adquirido, no carece de orgullo y tiene la pretensión de que se le considere como verdadero ser humano. Me permitiré, pues, suplicar a Vuestra Alteza Real que sea tolerante con esta manía, para que no se enoje y responda con acierto.

—Nada más justo — dijo la princesa.

El inmediatamente se acercó al sabio, que estaba junto a la puerta, y habló con él del sol, de la luna, de las inmensidades de los cielos y de las entrañas de la tierra, y le pidió detalles acerca de las naciones más remotas. El sabio respondió a todo enseñando a la princesa cosas muy interesantes.

—¡ Qué sombra tan sabia tiene ! — pensó—. Debe ser un verdadero fénix. Será una bendición para mi pueblo si consigo que comparta conmigo el trono.

Y, acto seguido, comunicó sus intenciones a la Sombra que las acogió con gracia y distinción perfectas, conviniendo en que el asunto se mantendría secreto, hasta el momento en que regresara al reino de la princesa.

—Muy bien — asintió la Sombra— ; no diremos nada a nadie, ni aun a mi sombra.

Tenía razones particulares para adoptar esta precaución.

Algunos días después pusieronse en camino, no tardando en llegar al reino de la princesa.

—Oye bien, amigo mío — dijo la Sombra a su antiguo señor el sabio—. He llegado a la cumbre del poder y de la riqueza y deseo hacer tu fortuna. Habitarás conmigo en el palacio del rey, me acompañarás cuando suba a mi carruaje de gala y tendrás cien mil escudos al año, pero a condición de que pases por mi sombra y no reveles a nadie que siempre has sido un hombre. Además, una vez al año, cuando salga al balcón para saludar al pueblo reunido, te echarás respetuosamente a mis pies como corresponde a una sombra fiel, porque has de saber que esta noche me caso con la hija del rey.

—No — protestó el honrado sabio—, no permitiré semejante infamia. A mí, personalmente, me sería indiferente pasar por vuestro inferior; pero no quiero que engaños a todo un pueblo, ni mucho menos a la hija del rey. Lo revelaré todo; y voy a publicar que soy un hombre, mientras que vos no sois más que una sombra con apariencia humana, un reflejo, una quimera.

—Nadie te creerá — dijo la Sombra—. Sé razonable y tranquilízate o hago que te prenda la guardia.

—Voy en busca de la princesa para revelárselo todo — replicó el sabio.

—Llegaré antes que tú — repuso la Sombra—, e irás derecho a la cárcel.

La guardia llegó y, como era natural, obedeció

al prometido de la hija del rey, conduciendo al infeliz sabio a una sombría mazmorra.

—Estás temblando — dijo la princesa cuando vió entrar a la Sombra—. ¿Qué te ha ocurrido que tan agitado estás?

—Acabo de presenciar un espectáculo desconso-



lador, y estoy muy emocionado. Figúrate que mi sombra ha enloquecido. Siempre se ha ocupado como yo en las ciencias exactas, y el exceso de estudio le ha trastornado el juicio. ¡ Su pequeño cerebro de sombra no habrá podido resistir! ¿Pues no asegura que ha sido siempre hombre? Pero esto no es todo; pretende, además, que yo no soy más que una sombra.

—¡ Semejante locura es espantosa ! — exclamó la princesa—. ¿ Está encerrada ?

—¡ Ya lo creo ! Temo que no se cure jamás.

—¡ Pobre Sombra ! — agregó la princesa—. Debe ser muy desgraciada ; ¡ un ser tan movedido encontrarse entre las cuatro paredes de un calabo-



...el pueblo, entusiasmado, vitoreó a la hija del rey y a su esposo... (Pág. 78.)

zo ! Sería un gran favor, probablemente, librarla de su débil soplo de vida, y, además, en estos tiempos revolucionarios, en que los pueblos se interesan por los que nosotros los soberanos parecemos perseguir, quizá convenga desembarazarnos de ella en secreto.

—Es una cosa triste, sí. embargo — repuso la Sombra con aire contrito, suspirando—. ¡ Me ha servido con tanta fidelidad !

—Comprendo tus escrúpulos—respondió la princesa—, y una vez más reconozco la nobleza de tu carácter ; pero los que llevamos una corona sobre las sienes, no podemos escuchar los dictados del corazón, sino que tenemos que proceder con arreglo a las conveniencias.

Cuando llegó la noche, la ciudad fué profusamente iluminada, y disparóse cada cuarto de hora un cañonazo cuyo estampido se confundía con los alegres gritos del pueblo. ¡ Era un espectáculo magnífico !

Frente al palacio real quemóse un soberbio castillo de fuego, y el pueblo, entusiasmado, vitoreó a la hija del rey y a su esposo que salieron al balcón para saludar a sus súbditos.

¡ El ruido ensordecedor de la fiesta no turbó el reposo del infortunado sabio, que en aquellos momentos, dormía ya en la tumba su último sueño !

FIN



a

AUTORES DANESES

LITERATURA INFANTIL-CUENTO



## ÍNDICE

---

	PÁGS.
La campana. . . . .	5
La gran serpiente marina. . . . .	15
El libro mudo. . . . .	30
Los dos gallos. . . . .	33
El jabalí de bronce. . . . .	37
La sombra. . . . .	56

---

# Biblioteca Selecta

## VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.